

LOS ENIGMAS ARGENTINOS



A la izquierda, el depuesto Presidente Onganía, con su Gabinete y los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, que han constituido la Junta Militar. En la foto segunda, la marcha de silencio que se celebró en Buenos Aires como protesta por el secuestro de Aramburu. Quizá este hecho haya provocado o acelerado el golpe de Estado. A la derecha, soldados montando guardia ante el palacio presidencial.

Juan Carlos Onganía tomó el poder el 30 de junio de 1966: le privan de él ahora los que entonces le izaron, sus compañeros del Ejército, en medio de contradicciones y apuros, entre el estallido de bombas y cócteles Molotov en los centros universitarios, con los obreros ocupando las fábricas de Córdoba y en el centro del caos de opiniones y pasiones, provocado por la desaparición del teniente general Aramburu. El comunicado de la Junta Militar que toma el poder es moderado, discreto y continuista, como si se tratase de una operación normal. Se ha cumplido, dice, «el primer ciclo de la revolución argentina». En efecto, el golpe de junio de 1966 proveía diez años de poder militar, y sólo se han cumplido cuatro. El comunicado plantea que el Presidente Onganía mantenía divergencias con los propósitos del Ejército: en lugar de «institucionalizar», como se pretendía —en el sentido de un «marco republicano, representativo y federal»—, ejercía el «personalismo». Esta serenidad medida contrasta con un comunicado anterior de Onganía: su último comunicado, aquél en que pretendía, en un esfuerzo de última hora, destituir al comandante en jefe del Ejército, teniente general Alejandro Lanusse: «La era de los golpes y los planes ha concluido y no volverá». La frase sólo pudo tener unos minutos de vigencia. Onganía cayó inmediatamente.

El teniente general Lanusse es un hombre de rasgos conservadores. Contrasta con la última imagen de Aramburu —que ha tenido otras a lo largo de su biografía y de la historia de la República Argentina—, que era —o es, si vive— un «liberal». El comunicado de la Unión del Pueblo Argentino —el partido que apoyó a Aramburu en las elecciones de 1963— dice que «exigía para la Argentina una política independiente, libre de toda injerencia extranjera y al servicio de todos los intereses del pueblo», que era «opuesto a todas las dictaduras porque sirven a los intereses de los monopolios que reducen al pueblo a la miseria y someten el país a la colonización», que «pretendía para la Argentina una democracia al servicio del desarrollo y de la justicia social» y se oponía al «sistema represivo que el Gobierno oponía a los derechos del pueblo». En esta descripción de personalidad encuentra el partido la clave del secuestro de Aramburu. En realidad, podría insistirse en más que rasgos de una personalidad, estas posiciones reflejaban una «situación» de Aramburu dentro del gran embrollo argentino. Era, en ese aspecto, el jefe de la oposición. Había tenido contactos con los peronistas —en Buenos Aires y en Madrid—, con los jefes sindicales y con importantes figuras del Ejército. De esta forma, su secuestro aparecía para muchos como un «crimen de Estado».

El enigma no está resuelto en estas primeras horas que suceden al golpe de Estado. ¿Quién y para qué han apartado a Aramburu de la escena política en un momento determinante? ¿Su rapto es un preludio de estos acontecimientos, o los ha provocado o, al menos, acelerado? Las sospechas pesaban sobre Onganía, y si no sobre él mismo directamente, sobre esos «servicios paralelos»,

esas «policías especiales» que, de cuando en cuando, borran figuras de la oposición —Ben Barka, Humberto Delgado— cuando empiezan a tener demasiada fuerza. La destitución del Presidente puede hacer pensar que los militares le culpan o, al menos, le rechazan por ello. Onganía era un fanático de la llamada «guerra psicológica», que había aprendido de los Estados Unidos, cuya estela continental seguía (pretendió, antes de ser Presidente, la intervención argentina en Santo Domingo junto a los paracaidistas americanos, y también una alianza con el Brasil; estas pretensiones movieron al Presidente Illia a destituirle como jefe supremo del Ejército, y desde esa destitución preparó su golpe de Estado). Dos sucesos recientes en la Argentina coincidían en atribuirle esa personalidad de «guerrero psicológico»: el rapto del cónsul paraguayo, que luego fue devuelto, se describió como una operación de Onganía para mostrar que en Argentina los raptos no prosperan y que la energía siempre compensa (hay quien estima que este «ejemplo» indujo al Gobierno guatemalteco a no negociar la devolución del embajador de Alemania, pero que, como esa vez era en serio, el embajador fue asesinado); el otro caso es el del intento de secuestro de un diplomático soviético, en cuya preparación se descubrió la participación de por lo menos un agente de la «policía paralela». Podría Onganía —o sus agentes— haber preparado la desaparición de Aramburu ante la inminencia de un golpe de Estado. Pero también podría pensarse que se ha hecho desaparecer al teniente general Aramburu precisamente porque el golpe estaba preparado y la jefatura la habría tenido que asumir él personalmente, en lugar de un jefe conservador. Hay una tercera hipótesis, la de dos golpes de Estado separados —el Ejército argentino tiene una división tradicional entre los liberales (laicos, a veces masones) y los conservadores (católicos, corporativistas); hubo una llamada «línea azul» que trató de unificar las dos corrientes, Onganía fue el promotor de esa tendencia y fracasó—, y hasta una cuarta: la de que Aramburu haya desaparecido voluntariamente —o por inducción de sus amigos políticos— para reaparecer en el momento oportuno. Este es uno de los cada vez más frecuentes casos en los que la política se vuelve policiaca, todas las hipótesis son posibles y, al mismo tiempo, arriesgadas y sólo el tiempo puede ir ayudando a resolverlas.

Todos estos acontecimientos y su truculencia aparente no son, en cualquier caso, más que el enmascaramiento de una situación de larga y antigua crisis. Prácticamente, la crisis económica argentina es continua, permanente, desde el final de la segunda guerra mundial. Existe la contradicción entre su gran riqueza y su subdesarrollo. El parafascismo de Perón no consiguió, en realidad, modificar las circunstancias, pero sí por primera vez la sensación de que el pueblo participaba en la política y en la distribución de la riqueza. Esas situaciones son irreversibles. Ninguno de los Presidentes surgidos después de Perón han conseguido volver atrás la situación, pero tampoco impulsarla hacia adelante. Todos han

EN PUNTO



llegado con una cierta esperanza popular. Onganía recogió el apoyo de los peronistas y también el de los sindicatos —enorme grupo de presión, no tan fuerte como el de los militares, pero con el que es preciso contar, como hay que contar con la Iglesia: la primera entrevista de Lanusse ha sido con el cardenal primado—, a los que mantuvo a pesar de haber disuelto el Parlamento y los partidos políticos. Onganía apareció con un rostro de unificador. Del Ejército, de las minipiniones políticas, de las clases sociales. Pronto se vio que no estaba capacitado para ello, o que no conseguía vencer las dificultades naturales. Su imagen se ha ido deteriorando sin cesar y, como pasa siempre, cuando una imagen de doctrina política se deteriora debe sucederle una imagen de dictadura personal, de dominio y de fuerza. Onganía la trabajaba a la manera clásica, aludiendo a los «enemigos del exterior», a las «conspiraciones organizadas desde más allá de las fronteras», con tal fe en estas fórmulas sobrepasadas que incluso llegó a utilizarlas para explicar el rapto de Aramburu, en un momento en que las acusaciones contra peronistas, «montoneros» o «vallistas» —los «montoneros» fueron, en el siglo XIX, los federalistas que se opusieron a los centralistas; los «vallistas» son los supuestos seguidores del general Valle, fusilado en los primeros días de la presidencia de Aramburu— no podían prender. Su último rasgo de fuerza ha sido el intento de destitución de Lanusse, intento que no ha tenido más que unos minutos de vigencia. Aún intentó resistir por la fuerza, utilizando las condiciones de fortín que había dado a la Casa Rosada —el palacio presidencial— para cuando llegara un momento como éste, pero la decisión de los jefes de los tres Ejércitos y la defección de su guardia personal hicieron inútil el conato de resistencia.

Los primeros momentos de un golpe de Estado son siempre confusos, incluso deliberadamente confusos. No es, por lo tanto, posible predecir lo que ha de pasar en la Argentina. El aspecto del golpe de Estado es conservador y continuista; se dice que Lanusse sólo ocupará la Presidencia durante diez días y que después se elegirá «a un ciudadano», sin que nadie acabe de saber si, en este caso, ciudadano puede ser sinónimo de civil. Las revelaciones que puedan hacerse en torno a Aramburu, incluso su desaparición —una noticia sin confirmar anunciando que iba a ser «liberado» puede formar parte de la técnica del golpe de Estado, pero también de la del contragolpe—, pueden ser importantes en la modificación de los acontecimientos. Se habla también en Buenos Aires de un regreso a la normalidad —elecciones, parlamentarismo, partidos—, pero estos términos no parecen estar incluidos en el comunicado militar, ni siquiera insinuados. La posición que tome Perón —o los peronistas—, la que adopten los sindicatos, puede ser decisiva. Lo que puede afirmarse con toda seguridad es que, mientras no se resuelvan las graves contradicciones económicas y sociales del país, ningún régimen podrá parecer estable, y estará continuamente sometido a revisión.

Indochina

LA GUERRA SE PROLONGA

La entrada en Camboya de tropas tailandesas eleva a por lo menos siete los grupos combatientes en este país, que acaba de incorporarse a la lista de los más desgraciados del mundo: tailandeses, vietnamitas del Sur, vietnamitas del Norte, laosianos, norteamericanos, camboyanos partidarios de Lon Nol y camboyanos partidarios de Norodom Sihanuk. La confusión es impresionante. Los «objetivos de guerra» de la operación americana, que ha desencadenado este caos, no aparecen por ningún sitio. A pesar de las declaraciones de Nixon anunciando que «los objetivos militares han sido alcanzados ya», la realidad es que la operación se hizo suponiendo que en Camboya estaba el cuartel general del Vietcong y el grueso principal de sus

fuerzas, y estos elementos no han aparecido. La operación, en cambio, ha producido los siguientes desastres: anarquía en Camboya, anulación de las conferencias de paz en París, proyectos de estabilización del Sudeste asiático y mayor ruptura en el frente interior de los Estados Unidos. La idea nixoniana de que la operación aproximaría el final de la guerra al obligar a Hanoi a hacer nuevas concesiones, parece invertida; Hanoi —y el Vietcong y China— considera que esta ampliación de frentes es perjudicial para el enemigo, que el tiempo es su aliado y que, por el contrario, debe hacer lo posible para que Estados Unidos se metan cada vez más en lo que se ha llamado «el avispero asiático».

Racismo en Suiza

LA CONDICION DE LOS TRABAJADORES EXTRANJEROS

Ni siquiera Suiza, país de cuatro lenguas, república federal con cantones muy definidos, país internacionalista, tierra de exilios y de inmigraciones, puede resistirse al ramalazo nacionalista de nuestros días. El domingo pasado se ha votado por referéndum sobre un censo de 1.600.000 electores —las mujeres no tienen derecho a voto— una propuesta para reducir progresivamente el cupo de trabajadores extranjeros: ha sido derrotada, pero el porcentaje de sufragios favorable a tal medida es lo suficiente como para alarmar y sospechar de un considerable racismo. Tal vez si las mujeres hubiesen votado la propuesta hubiese vencido. La idea partía del diputado independiente Schwarzenbach, que ha sido el mismo trabajador en el extranjero —en Alemania— antes de convertirse en historiador y editor. Schwarzenbach denunciaba «la influencia demográfica y económica extranjera» que supone la existencia de cerca de un millón de obreros extranjeros, y proponía que se alige-

rarse en por lo menos 300.000, realizando un reparto de mano de obra que no excediera en ningún caso al 10 por ciento de la población activa en cada cantón. El problema que planteaba esta idea era el de un posible hundimiento de la industria suiza, sostenida principalmente por la mano de obra extranjera, que en algunos ramos sobrepasa el 50 por ciento de la plantilla obrera, y en otros se aproxima. Esta razón ha prevalecido y ha llevado a las urnas a un número poco habitual de votantes, cerca del 75 por ciento del censo (habitualmente, las abstenciones son muy fuertes y pocas veces se alcanza el 50 por ciento). Puede decirse que lo que ha triunfado es el sentido conservador de la economía y no un rechazo del racismo. Las minorías de trabajadores extranjeros en Suiza —entre los cuales hay un considerable número de españoles— se quejan de que tanto su vida privada como su condición de trabajadores dista mucho de estar integrada en la comunidad suiza para la que trabajan.

Oriente Medio

LA GUERRA DE LOS TRES AÑOS

Fue un excelente hallazgo propagandístico el del término «guerra de los seis días» para denominar la campaña victoriosa de Dayan sobre los países árabes: seis días

de destroz del enemigo y de ocupación de territorios. Pero la realidad es que esas operaciones comenzaron una guerra que no ha terminado: se conmemora ahora su